

Diálogo intercultural para una realidad global

Ciudadanos sensibles a una otredad: Sabine Pflieger Biering

HILDA VILLEGAS GONZÁLEZ

Recibido: 20-06-2013, aprobado 25-06-2013

No vemos jamás las cosas tal cual son, las vemos tal cual somos
Anaïs Nin

Primero día de clases. Mateo es uno de los miles de alumnos que hoy comienzan sus estudios de bachillerato; se distingue por el color de sus ojos, diferente del que tiene el resto de los adolescentes. Camina y observa atento las miradas de quienes hablan en voz baja, le gusta la música y el deporte, y dedica gran parte de su tiempo a leer historias de ciencia ficción. Vivió muchos años en provincia y espera pronto hacer nuevas amistades. Llega al salón 23, donde, al igual que él, otros de miradas esquivas aguardan la llegada del profesor de matemáticas; son jóvenes que comparten el nerviosismo y la incertidumbre y que están a la expectativa.

Mateo y sus compañeros forman un pequeño mundo, donde las condiciones económicas, la procedencia geográfica, los valores familiares, la vinculación con las tecnologías, el acceso a la información, la educación básica, las tendencias políticas, entre muchos otros aspectos, determinan en cada uno de ellos la manera de ver la realidad, ¿cómo trabajar las diferencias en la educación?, ¿qué beneficios acarrea para un adolescente?, ¿qué metas pueden tener en común como grupo? Y al exterior, ¿servirá aprender de aquel que pertenece a otra cultura?

Diálogo intercultural

Sabine Regina Pflieger Biering es investigadora del Centro de Estudios de Lenguas Extranjeras de la UNAM (CELE) y responsable de la línea de investigación Interculturalidad, del Departamento de Lingüística Aplicada de este centro. Sostiene que un joven que egresa de la Universidad, además de los conocimientos que adquiere en su especialidad, debe ser capaz de comunicarse, interactuar y trabajar en comunidades tanto nacionales como internacionales y difundir sus conocimientos en cooperación con otros investigadores. Ser, en fin, intercultural.

El término *intercultural*, según la Real Academia, tiene que ver con la relación entre culturas; empero, como explica Pflieger Biering, existe la idea de que la interculturalidad ocurre con sólo aprender una segunda lengua, esto es, que automáticamente me vuelvo un ciudadano globalizado, capaz de desenvolverme en diferentes contextos, lo cual no es así.

Y añade: “La interculturalidad se ha convertido en un tema de moda, se usa casi para todo y cuando se amplía un término así, empieza a

perder significado, por lo que prefiero hablar de un diálogo intercultural, lo que significa que no solamente utilicemos la lengua para comunicarnos, sino que realmente tengamos la capacidad de un cambio de perspectiva y podamos así insertarnos en contextos más amplios.”

El diálogo intercultural, destaca la también maestra en Romanística, Anglística y Ciencias del Lenguaje por la Universidad Carl-von-Ossietzky, de Hamburgo, surge cuando nos hemos convertido realmente en ciudadanos sensibles a una otredad; es decir, cuánto puede hacernos pensar y sentir la otra cultura, y, para llevarlo a cabo, es necesaria la capacitación. Puntualiza que, en la educación superior es un elemento indispensable. Si se observan distintos contextos internacionales, aquellos que lo desarrollan tienen más éxito. No preparar a los alumnos hacia un diálogo intercultural los pone en desventaja, en una desigualdad educativa. Lo intercultural no significa siempre algo que se dé entre naciones; puede abarcar también diferentes aspectos, como la cultura de trabajo de una universidad a otra.

Nivel medio superior

El diálogo intercultural en el bachillerato es clave, ya que en esta fase tenemos una ventana de oportunidades muy grande, no solamente en cuanto a la transmisión de un idioma, sino en el sentido de brindar estrategias a los estudiantes y así prepararlos para que sean más abiertos, con un horizonte ampliado, y más tarde, en la licenciatura, lleguen a ser personas formadas en una capacidad y una sensibilidad hacia diferentes cosas en el mundo.

Los jóvenes del bachillerato, señala, “son personas ávidas de aprender, experimentan mucho en esa edad: diferentes tipos de música, estilos de vestir, etcétera, de suerte que cognitivamente tenemos la oportunidad de incidir allí y transmitirles muchas cosas, cuestionar procesos de for-

mación de estereotipos, y sensibilizarlos para otra manera de pensar, construir y ver el mundo”.

Para esta integrante del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), los grandes problemas a los que hoy día nos enfrentamos en cuestiones de interculturalidad en México (el diálogo entre distintas comunidades lingüísticas y culturales) requieren ser jóvenes a los cuales debemos acceder de manera racional y cognitiva.

Valor transversal

Para Pflieger Biering, el diálogo intercultural es un valor transversal y sería un error restringirlo a la clase de lenguas extranjeras: cualquier clase debe estar destinada a fomentar una ampliación de la mente, una sensibilización; a pensar quién soy yo, quién es el otro y cómo podemos interactuar de mejor manera. En última instancia, se debería llegar a un mejor diálogo entre representantes de culturas distintas. Pueden ser dos clubes de fut-



bol, dos universidades, personas provenientes de comunidades autóctonas frente a otras urbanas o distintas tribus urbanas entre sí. Cada grupo, cada comunidad, cada red, posee una cultura propia, y el diálogo debería ser capaz de comunicar –que no significa aceptar– es decir: nadie tiene que convertirse en *darketa* para entender a una chica así, cada quien puede ser quien es, pero todos podemos adquirir estrategias para que nos comuniquemos de una mejor manera y llegemos a metas comunes, y enfocarnos al trabajo que queramos realizar.

La tercera cultura

Mateo ha descubierto en su primer día de clases que otros jóvenes, como él, comparten el mismo gusto por el *hip-hop*, ha escuchado comentarios de que muchos de sus nuevos compañeros provienen del norte de la ciudad y que algunos de ellos practican el fútbol americano. Algunos llevan un *piercing*, otros visten totalmente de negro, hay quienes destacan por sus dispositivos móviles, y otros en cambio tienen rasgos indígenas.

En el salón de clases, señala Sabine Pflieger, Medalla Alfonso Caso al Mérito Académico 2010 por parte de la UNAM, el profesor tiene que reconocer la diversidad, no tratar de homogeneizar lo que no es homogéneo, respetar lo diverso. Y lo primero sería preguntar a los estudiantes por qué están ahí, a qué se comprometen y con qué función. Esta idea, menciona, la expone Peter Senge en su texto *La quinta disciplina*, donde argumenta que los equipos son más poderosos que los grupos.

Dice la entrevistada: “Ese mundo que me llega el primer día, no lo veo como un grupo, sino como un posible equipo poderoso, porque independientemente de que este alumno tenga un *piercing* y el otro vista de negro y otro más allá me vea con cara de aburrido, todos ellos tienen talentos muy específicos, que, si los combino en un equipo, se vuelven

una bomba, porque valemos más en un equipo estructurado que solos o en un grupo desorganizado.”

Se trata, afirma la también tutora del Programa de Maestría y Doctorado en Lingüística (UNAM) de formar un equipo con una meta en común, y agrega: “No voy a ser yo (profesor/a) quien defina la tarea, vamos a decir qué nos proponemos dentro del plan de estudios, de lo que propone la institución, qué vamos a lograr esta semana, este mes, en este semestre...; esto genera un compromiso de todos para lograr el objetivo en común, y entonces la diversidad es algo que más bien enriquece y no que estorba; si trato de hacer una clase homogénea, estoy casi provocando el conflicto, en cambio ahora lo que hago es resaltar la diversidad.”

Con ello, añade, se crea una tercera cultura: “ni la tuya, ni la mía son relevantes, sino que creamos una intermedia con una meta, un objetivo, una idea de lo que todos vamos a hacer de común acuerdo. Las culturas individuales se desvanecen y, en vez de que decaigan, adquieren un papel específico para alcanzar la meta, y en este papel tenemos que ver qué talento tiene cada quien para reforzar el equipo, una tercera cultura en un equipo estructurado. Si todos logramos trabajar como un equipo, fomentando un diálogo intercultural entre todos nuestros grupos, podemos llegar a la meta perfectamente bien. Donde hay grupos, siempre hay necesidad de dialogar, y esto implicará también comunicarnos nuestros valores culturales y no rechazar de antemano al otro, estereotiparlo y relegarlo.”

Revalorar al profesor

Para lograr esto, es absolutamente crucial la formación de los profesores, ya que sólo puede transmitirse aquello en lo que uno se ha formado. La especialista destaca que el académico en la clase intercultural, sea la clase de lenguas, de matemáticas, de español u otra, debe tener una formación

adicional, porque necesita transmitir estrategias de un saber ser y no solamente de un saber, “no se trata de decir apréndete estas fórmulas o reglas gramaticales, sino de sensibilizar al alumno a un otro, fomentar su percepción, que abra los ojos, que vea lo que está pasando, pero no sólo para criticar, sino para saber quién es él/ella y enterarse de sus valores, creencias o ideas”.

De acuerdo con la investigadora, cuando se trabaja en un diálogo intercultural, no sólo se ve al otro, “tengo que mirarme a mí mismo(a), y estimular esto requiere una formación por parte de los profesores. Yo puedo pertenecer a muchas comunidades, nadie es un individuo monolítico: puedo ser profesora aquí en la UNAM, puedo jugar fútbol y luego puedo tener un grupo de música y ser parte de un club de lectura; en todo momento, éstas son comunidades en las que me comparto, en las que aprendo, en las que dialogo y me sensibilizo a otra visión del mundo”.

Según Pflieger, para trabajar en el salón de clases existen muchos ejercicios visuales, como de narrativa, en los que el profesor fomenta la percepción y sensibiliza, lo que permite aceptar que el mundo puede pensarse de otra manera. Y da el siguiente ejemplo: al leer un texto, ¿qué pasaría si lo hubiera escrito una mujer, o que el autor perteneciera a una comunidad autóctona o si lo hubiera escrito un inglés o un alemán?

Advierte que, desafortunadamente, como profesores “estamos enfocados a transmitir un saber, evaluarlo y todo lo demás. Un valor transversal

como la interculturalidad no es así, nos tiene que permear en cualquier momento, no es parte de un currículo donde lo puedo evaluar, más bien sería realizar acciones, abrir espacios de reflexión para decir quién soy, quién es el otro, ¿es válido esto o lo otro?”

De acuerdo con la investigadora, la formación del(a) profesor(a) no debe ser para transmitir un saber, sino para convertirlo en un mediador entre diferentes culturas y todo lo que se requiere para ello. “Es un tema complejo, agrega, pero ya existen programas, y muy buenos, para la formación de mediadores culturales.” En esta dinámica el profesor pierde su función jerárquica frente al alumno, advierte la especialista, para insertarse en el grupo y dar iniciativas, impulsos, ya que ahora será un mediador.

Esto sería lo primero a lograr en su formación. Utilizamos todavía categorías muy rígidas, muy añejadas –señala– y ahí es donde hay que empezar a trabajar, pues un diálogo intercultural sin una meta consensuada no sirve en absoluto. Hay que sentarse y decidir sobre qué se va a hablar y, a partir de ahí, tratar de entender al otro en su cultura, sus necesidades, sus creencias y sus valores. Sin duda, es un proceso muy difícil.

Un segundo aspecto es que la institución tendría que entender que el no prepararnos para un mundo cada vez más vinculado y conectado con diferentes comunidades, redes, a nivel global o local, etcétera, hará que los(as) alumnos(as) queden en una situación de desventaja, lo que



sería muy grave, pues no es suficiente adquirir solamente ciertos conocimientos; eso limita a la comunidad estudiantil.

La también coordinadora del texto *Alteridad y aliedad. La construcción de la identidad con el otro y frente al otro* precisa que no se trata de igualdad sino de equidad. Y agrega: “Darle su lugar a cada quien en su diversidad, en su manera de ser, eso es el diálogo intercultural. Yo no quiero cambiar a nadie ni convencer a nadie de que sea como yo, qué horror, celebro la diversidad, celebro la equidad de que cada quien pueda ser lo que es, pero exijo comunicación, reciprocidad, respeto para que dialogemos, no hacernos iguales.”

Todo lo anterior nos lleva, agrega, a *revalorar* la figura del profesor o, mejor dicho, a darle valor para empezar, porque revalorar implica que ya se lo valora aunque sea un poco, y esto no ocurre en la forma debida, cuando en realidad el profesor es la clave en la enseñanza. La doctora Pflieger añade: “Se habla de la relevancia de la educación, de la enseñanza para mejorar el país y las condiciones, la productividad, etcétera; éste no es un discurso privativo de México sino internacional. Para ello la figura clave es el profesor, a quien hay que empoderar y darle herramientas y oportunidades de capacitarse continuamente. “Ése es el verdadero reto, no sólo desde el punto de vista del dinero, sino del de repensar la enseñanza. Tenemos muchos profesores muy capacitados, a los que no estamos sacándoles lo mejor; son parte del equipo, pero no los vemos así.”

Los alumnos, el futuro

En cuanto a los alumnos, la doctora en lingüística por la UNAM se pregunta por su situación: ¿ven la compenetración de los temas?, ¿tienen una idea panorámica de para qué sirve el conocimiento, qué se puede hacer con él o cuán importantes son ellos en ese proceso? En otras palabras, ¿valora-

mos al alumno? Siempre se dice que son el futuro, por lo tanto hay que darles el lugar que se merecen en el presente.

Esta especialista propone que –ante las dificultades existentes para que la institución aplique cambios como éstos– sean los mismos profesores quienes den el primer paso. Por ejemplo, sería excelente trabajar algunas sesiones junto con otros colegas en un determinado tema y empezar a sensibilizar y pensar de otra manera.

“Este enfoque, explica, es una tarea enorme que no puede realizar un solo docente. Debe hacerse en lo que se conoce como *team teaching*, la enseñanza en equipo, es decir, se reúnen dos profesores. Hay dos razones para ello: una es porque pueden compartir conocimientos, y la otra porque cada uno pierde centralidad jerárquica en el salón de clases, que es pesadísima. Con dos académicos el alumno tiene la oportunidad de escuchar ambos argumentos y puede formarse un criterio propio. Por ejemplo, aparentemente las matemáticas y la filosofía no tienen mucho que ver, pero en realidad cada una es una perspectiva diferente de un mismo problema: el/ la profesor(a) de matemáticas lo verá de una manera y el/la de filosofía de otra; gracias a ello se relativiza el problema y esto es interesante, estimulante.”

Los alumnos del grupo 23 salen de su primera clase; muchos de ellos comentan la manera de hablar del profesor, el ambiente que busca generar, las participaciones y la manera en que abordarán los temas en clase; pero sobre todo, y en especial para Mateo, fue muy importante la actitud de su nuevo profesor.

Del enfoque antes mencionado, la doctora Pflieger señala finalmente: “Sin duda, éstos serían los primeros pasos; sin embargo, no hay que dejar de solicitar y de pedir a las instituciones y de justificar ante ellas y sus autoridades que se necesitan cambios, que hay nuevos contenidos, nuevas propuestas y nuevas formas de enseñar y aprender.”